

a la Unión Europea. Se plantea la necesidad de una relocalización de competencias, a nivel europeo, nacional y regional en este campo, como condición previa para hacer operativa una red de controles en el ámbito global.

La dicotomía entre integración y descentralización a la que se hacía referencia anteriormente, es puesta de manifiesto con gran detalle en el capítulo 9, dedicado a analizar el proceso en España. Esta descentralización ha estado basada en la dialéctica de las diferencias. Con carácter general, se tiende a fomentar más las diferencias que las coincidencias integradoras.

El libro concluye con un capítulo dedicado al capital humano como variable fundamental en la formación de la nueva cultura científica. Se hace necesario un proceso de aprendizaje global y complejo, que tiene que venir precedido de un «desaprendizaje» previo, lo que exige organizaciones no jerárquicas y autoorganizativas, en las que el aprendizaje se hace en grupos, con la exigencia de cuestionar valores y culturas predominantes.

Al igual que en «Tristán e Isolda», fruto de la evolución intelectual de Wagner, influenciado por Schopenhauer, ópera en la que primaba el amor como privación final de la voluntad de vida y la aspiración al no-ser, el profesor Nieto de Alba plantea que la globalización es un proceso complejo e irreversible en el que los valores universalizados (derechos humanos, ecología, etc.) priman sobre los principios de soberanía y donde las funciones del Estado pasan a constituir elementos integrantes en la creación de clima,

trastocando la vieja concepción unívoca del Estado, y determinando la aparición de nuevas relaciones de poder. El progreso tecnológico supone asimismo una nueva ética, en la que la autoridad personal debe dejar paso a la tolerancia y el diálogo.

Nos encontramos, por tanto, ante un magnífico libro de indudable interés, tanto por razones culturales, técnicas, profesionales o, en definitiva, las que llevan a cualquier persona a tratar de comprender el mundo en que vive.

ÁNGEL ALGARRA PAREDES

GUILLERMO DE LA DEHESA: *Comprender la globalización.*

Alianza Editorial, Madrid, 2000

Reza el conocido dicho inglés que *ambiguity is both a blessing and a curse*, y es por ello por lo que resulta preciso manejar el término globalización con la mayor cautela, extremando los cuidados y los matices.

Nos ha tocado vivir una época amante del fragmento, fascinada, apasionada, hastiada por el fragmento, quizá olvidando, como dice Patrick Quillier, que entre los fragmentos se esconde la impotencia. Pero al mismo tiempo estamos hablando de globalización en un mundo y en un momento en los que somos incapaces de poner en conexión más de dos cosas a la vez y en los que nos encontramos con el contraste que suponen los 90 dólares de producto nacional bruto por habitante de Mozambique con los 44.320 de Suiza, los 390 de la India con los 37.850 del Japón, o los 860

de China con los 28.740 de los Estados Unidos, o los 32.940 de Singapur, cifras todas ellas correspondientes al año 1997.

Comencemos por decir que, con no poca frecuencia, la globalización «iguala» artificialmente, identifica convergencia nominal con convergencia real, confunde de manera interesada los condicionantes o las hipótesis de partida con la realidad. Todo lo cual, inevitablemente, redundará en un agravamiento de los problemas y de las diferencias.

No obstante, en el campo específico de la Economía cabe hablar de globalización como un término que se refiere al desplazamiento hacia una economía mundial más integrada e interdependiente, en la que surgen como componentes fundamentales la integración de los mercados y de la producción, la desaparición de barreras y el cambio tecnológico. Pero cuando señalamos los peligros y las distorsiones que pueden derivarse de la globalización es porque estamos reparando en el contenido y en el significado que habitualmente se le está asignando al término y al concepto, y que no coincide precisamente con la definición que acabamos de esbozar.

En efecto, por globalización se entiende el acceso de manera gene-

ralizada a Internet y la desaparición progresiva del mecanismo de funcionamiento de muchos mercados; por globalización se entiende el predominio aplastante de empresas, títulos o valores correspondientes al ámbito de las telecomunicaciones, con independencia de su grado de virtualidad y del carácter artificial, que permiten adivinar la alta probabilidad de encontrarnos con peligrosas burbujas financieras; por globalización se entiende la tendencia irrefrenable a constituir oligopolios en estos sectores estratégicos que, en no pocos casos, se han desplazado del área de la actividad pública a la privada mediante el correspondiente proceso de privatización; por globalización se entiende, en definitiva, un proceso inefable y cuasi-milagroso de igualación, al menos en la «posición inicial» en el sentido de Rawls(*), que viene a resolver de golpe problemas permanentes de la filosofía política y de la moral. ¿Estamos configurando con ello una nueva utopía?, o por el contrario, ¿nos encontramos ante un ejercicio de clara abdicación moral sabiamente revestido de unanimidad y progreso?

Una primera respuesta, tentativa y tentadora, podría estar más cerca de la segunda opción, que nada tiene de reconfortante y positiva. Por ello es de agradecer cualquier

(*) Recuérdese que en el modelo de Rawls se aprecia una cierta paradoja cuando se postula que en la que él denomina «posición inicial» se daría un consenso a favor de una distribución igualitaria de la renta, a menos que hubiese una distribución desigual que dejase a todo el mundo mejor situado. Y hablamos de paradoja porque lo que realmente mueve al igualitarismo en esta interpretación es el temor de los agentes a terminar quedando en una peor situación, lo que supone una actitud inequívocamente utilitarista.

(Ver el «principio de la diferencia», RAWLS, John: *Teoría de la Justicia*, Fondo de Cultura Económica, 1995, pp. 98-103).

tipo de reflexión que arroje luz y sopesese de manera ponderada las ventajas e inconvenientes de la globalización, alejándonos de cualquier lectura pesimista y corrosiva, pero evitando al mismo tiempo caer en la trampa simple y reduccionista de la retórica del consenso.

Esa tarea de equilibrio y de ponderación podemos encontrarla en la obra que, con el título *Comprender la globalización*, ha publicado recientemente Guillermo de la Dehesa, cuyo primer mérito, y no de los menos importantes, consiste en abordar y ofrecer con enorme claridad un tema controvertido y complejo, sin abdicar por ello del rigor y de la profundización exigibles, cosa cada vez menos frecuente en los muchos intentos (baldíos y frustrantes) de divulgación en los distintos campos del conocimiento, como es el caso, por ejemplo, de la obra –decepcionante– de Luis Racionero que acaba de editarse con el título prometededor de *El progreso decadente*.

Guillermo de la Dehesa afronta el tema polémico de la globalización desde la primera página de su libro, no eludiendo el compromiso que siempre supone adelantar una definición, que difícilmente puede ser concluyente y completa. Como dice en las primeras páginas de su obra, intenta hacer «un análisis técnico, objetivo y desapasionado de este debate, tratando de observar cuáles son los efectos económicos de la globalización, tanto sobre los gobiernos y los Estados como sobre los mercados financieros, tanto sobre el crecimiento económico global como sobre la distribución de la renta y la convergencia real entre los países» (p. 12).

Al definir la globalización y bucear en sus precedentes, De la Dehesa resalta las aportaciones de Theodore Levitt, Michael Porter y Kenichi Ohmae, quienes, entre 1983 y 1990, utilizaron el término globalización. Pero los antecedentes pueden retroceder algo más en el tiempo, y estará de acuerdo el autor con que en *L'économie du XX^{ème} siècle* (1961) y en *Indépendance de l'économie nationale et interdépendance des nations* (1969) el gran economista francés François Perroux hablaba de manera clara y extensa de la «economía del género humano», de la «economía generalizada» y de la «economía planetaria», poniendo ya el énfasis en el empleo de la informática y en la propagación de la innovación, es decir, en los ingredientes básicos de lo que hoy se entiende por globalización.

En el capítulo dedicado a relacionar este proceso con el crecimiento económico, el autor parte del convencimiento de que «la integración y la globalización económicas a través del comercio e inversión internacionales favorecen estos procesos empresariales de I+D e incitan a los gobiernos a aumentar sus inversiones en educación e investigación básica» (p. 32); todo ello –añadimos nosotros– situado en el marco de referencia de la teoría del crecimiento endógeno. En este mismo capítulo aborda de manera especialmente lúcida las relaciones más concretas entre el crecimiento económico y las finanzas, destacando, entre otras, la tesis de Paul Krugman, según el cual los flujos de capital tienden a ir en la dirección contraria a la señalada en los modelos neoclásicos, aunque la evi-

dencia empírica al respecto muestra una relación positiva entre las entradas de capital y la liberalización de los mercados financieros mundiales y el crecimiento.

Como ya anticipaba Guillermo de la Dehesa al comienzo de su obra, se trata de relacionar el fenómeno de la globalización, y lo que contiene de inevitable y paradigmático, con todos los aspectos y todas las vertientes de la actividad económica. Y es por ello por lo que dedica sendas y densas páginas al impacto de la globalización en el empleo y en los mercados laborales (cap. 4); a la globalización, Estado y gobierno (cap. 6); a la globalización y la política económica (cap. 7), o a la globalización y la cultura (cap. 10), entre otras importantes cuestiones. Pero con el fin de no hacer tedioso nuestro comentario vamos a limitarnos a hacer algunas breves consideraciones sobre cuatro puntos o aspectos que, en nuestra opinión, presentan o poseen una especial relevancia:

- a) Globalización, convergencia real y distribución de la renta.
- b) Globalización y tamaño de las empresas.
- c) Globalización y tipos de cambio.
- d) Globalización y crisis financiera.

En cuanto al primer punto, si se admite que mayor globalización supone mayor comercio internacional y mayor libertad de movimientos de capital y tecnología, nos introducimos de lleno en la polémica en torno a la influencia del comercio internacional sobre la convergencia

real y el crecimiento, tema en el que el autor se mueve con gran solvencia y soltura, postulando que la globalización podrá contribuir positivamente a los procesos de convergencia en la medida en que el comercio internacional consiga una mayor difusión de la tecnología y diseminación de las ideas, por una parte, y que los capitales terminen moviéndose en la dirección adecuada, por otra.

Al hablar de la globalización y el tamaño de las empresas, tema central en el análisis que nos ocupa, Guillermo de la Dehesa concluye afirmando que «la globalización, ampliando los mercados para las empresas, por un lado, y aumentando la competencia, por otro, crea unas enormes oportunidades para el desarrollo de las empresas y de los países donde están ubicadas, y unos enormes retos de ajuste y transformación de las mismas para hacer frente a un mundo mucho más competitivo» (p. 105). Pero la existencia de un mayor grado de competencia que suele asociarse al fenómeno de la globalización parece chocar con el hecho de que al redimensionar el tamaño de las empresas se desemboca con frecuencia en la formación de oligopolios o, eventualmente, monopolios.

La afirmación de que con la globalización hay más competencia puede basarse en el hecho de que cuando el oligopolio no es colusorio puede haber mayor enfrentamiento entre las empresas que el que existiría en mercados puros y perfectos, en los que se es «precio-aceptante», poniendo de relieve que el número de empresas no es determinante, por una parte, y que lo

que realmente importa es el poder o control de mercado, por otra.

A ello hay que añadir que el mayor aprovechamiento de las economías de escala derivadas de esos nuevos tamaños propicia la investigación, el desarrollo y la innovación, mostrando que los mercados imperfectos son más eficientes y presentan mejores resultados. Pero ello es así si, entre otras medidas, se vigilan adecuadamente los mercados por parte de las instituciones nacionales o internacionales de control, como muy acertadamente apunta nuestro autor, si se regula de manera eficaz y ajustada a cada circunstancia, y si se evitan y combaten fórmulas de proteccionismo encubierto, añadimos nosotros, como ha sucedido recientemente en España en el sector eléctrico.

Recordemos, por otra parte, que en microeconomía al estudiar el oligopolio (y la forma más sencilla y específica del duopolio) distinguimos habitualmente entre el modelo de Cournot, el de Bertrand y el de Stackelberg. En el primero de ellos cada empresa elige su nivel de producción considerando dado el de su rival; en el segundo modelo cada empresa elige el precio en lugar del nivel de producción, y toma esa decisión suponiendo que su rival mantendrá constante su precio; en tanto que hablamos del tercer modelo cuando hay una empresa mejor informada que actúa como «líder» y otra u otras a las que llamamos «seguidoras».

Pero sucede que, según Bertrand –y hay más tendencia a seguir el precio que la producción–, la interrelación de precios puede terminar por generar unos beneficios

nulos, lo que hace pensar que es más probable que los equilibrios que surgan sean colusorios en lugar de no colusorios. El problema reside en que si el hecho de no coludir y la competencia llevan a las empresas a obtener unos beneficios nulos, la formación de cárteles parecerá aún más atractiva a las partes que en el caso de Cournot.

Asimismo, y si reparamos ahora en el modelo de Stackelberg, nos encontramos con dos estrategias alternativas por parte de la empresa seguidora: o entra en una guerra de precios para decidir quién será la líder y quién la seguidora, o bien, situados en el marco lógico de la teoría de juegos repetidos (con aprendizaje), terminará siguiendo puntualmente el precio de la empresa líder, desembocando así en un caso claro de colusión tácita, pudiendo citar, a este respecto, la experiencia, también reciente, de las gasolineras en nuestro país.

El capítulo dedicado a la globalización y los tipos de cambio, especialmente bien explicado, analiza todas las posibilidades contempladas y contemplables por la teoría del comercio internacional, distinguiendo entre tipos de cambios fijos, flexibles, totalmente flexibles e irrevocablemente fijos, acercándose así al panorama que se configura en los momentos actuales. En este contexto es abordado con gran prudencia el problema preocupante de la «dolarización *versus* la eurización», apuntando las condiciones mínimas exigibles para conseguir la consolidación de la moneda europea.

La globalización y su relación con las crisis financieras constituye,

sin duda, la materia tratada de manera más completa y rigurosa, empleando incluso, sin perder la claridad expositiva, los conceptos y términos más habituales de la microeconomía y de la moderna teoría de la organización industrial. Así, por ejemplo, se habla de choques asimétricos, de información asimétrica, de selección adversa (por cierto, nos permitimos sugerir hablar de «cacharros» en vez de «limones», al menos en castellano), de mercados ineficientes y de teoría del contagio. Esta última expresión, y lo que ella encierra, resulta especialmente oportuna e indicada para estudiar las crisis financieras y su propagación en un espacio globalizado.

En efecto, recordemos que la geometría del contagio, denominada «percolación» en la ciencia del caos, es, en sus orígenes, un tipo de transición de fase, como la reacción de oxidación del monóxido de carbono sobre el catalizador, o la propagación de formación de estrellas en las galaxias. Se pretende con esta técnica analítica buscar leyes universales, normalmente leyes de potencia, que expliquen las causas comunes que originan fenómenos dispares.

En torno a este tema, el autor llega a la conclusión de que el proceso creciente de globalización económica y financiera, junto con la estructura de los mercados financieros y el comportamiento y los fallos de coordinación de los agentes, provoca efectos contagiosos y, eventualmente, riesgos sistémicos que, de no combatirse, puede poner en peligro el propio proceso de globalización.

El remate de la obra consiste en un capítulo «enormemente prudente» sobre el impacto de la globalización en la economía española, en su convergencia con los países ricos, así como en la evolución de la competitividad.

Nos encontramos, en definitiva, ante un libro de obligada lectura para quienes deseen adentrarse en el terreno resbaladizo y complejo de la globalización, escrito de manera a la vez amena y rigurosa por un economista prestigioso que no elude el debate, que no trata de imponer su pensamiento y que en ningún momento sucumbe al placer estético de lo simple.

ANDRÉS FERNÁNDEZ DÍAZ

JOSÉ ANDRÉS FERNÁNDEZ CORNEJO y ÁNGEL ALGARRA PAREDES:
El mercado de trabajo en la Unión Europea. Fundamentos teóricos y políticas de empleo.

Editorial Pirámide, Madrid, octubre 2000.

El desempleo y las complicaciones que conlleva constituye hoy día uno de campos fundamentales de análisis para los estudiosos de la economía. Esta perspectiva, sin embargo, no siempre ha sido así; ante la presencia simultánea de paro e inflación las medidas de Política Económica se dirigieron en primer lugar a solucionar el problema de la inflación en la creencia que una vez estabilizada ésta el desempleo tendería a mejorar por sí solo. Desafortunadamente, esta creencia orientó durante muchos años las medidas de las autoridades económicas en materia de empleo. Hoy día la situación ha cambiado radi-